

Política de paz en la encrucijada

Por MARTIN KRIELE

Colonia

I

La paz es esencialmente un asunto del Derecho internacional, que, como dice Jürgen Habermas, está «necesitado de impulsos innovadores», incluso de un «impulso evolutivo sin precedentes», «para aproximarse a aquella paz internacional por medios jurídicos, que movía a Kant». Y, «frente a la fantasía adolescente, que ritualiza las relaciones extrajurídicas amigo-enemigo, es puro realismo el intento enérgico de un primer paso hacia la efectiva juridización del estado de naturaleza entre Estados. ¿Qué otra cosa, si no?». No se puede expresar mejor cómo están hoy las cosas.

El derecho internacional surge de la común convicción jurídica de la comunidad de Estados, que se plasma en acuerdos internacionales, en la costumbre general reconocida como derecho y en los principios jurídicos generalmente reconocidos. Según eso, por ejemplo, una renuncia al armamento atómico y su control sólo puede darse si las potencias nucleares se ponen de acuerdo en esto.

En singular contradicción con eso, opina sin embargo Habermas —y expresa así la convicción del movimiento pacifista— «que la prohibición de medios de aniquilación masiva, como primer paso hacia la abolición del escandaloso estado de naturaleza entre Estados, es también una meta legítima, si bien haya de ser alcanzada primeramente con pasos unilaterales». ¿Qué quiere decir «primer paso» y «primeramente»? Si entiendo bien esta frase, quiere decir: el primer paso no debe darse por ambas partes en razón de tratados internacionales; consiste más bien en que occidente proscriba unilateralmente sus armas nucleares. El segundo paso debería darlo, igualmente de modo unilateral, la Unión Soviética. Y ¿si no lo da?

Nuestra política oficial parte del supuesto de que en tal caso, por contra, sería irreversible el potencial atómico amenazante de la Unión Soviética. La única posibilidad de desarme consiste en que la Unión Soviética estreche la mano extendida de la disposición a negociar y se empeñe en acuerdos sustanciales que garanticen realmente la seguridad recíproca. Eso sólo lo hará cuando se

convenza de que la deseada alternativa es inútil y que su propio interés aconseja integrarse en un orden de paz mundial asegurado por el derecho internacional.

La opción de pasos unilaterales y la opción de acuerdos bilaterales, que el filósofo reúne en su pecho, se excluyen recíprocamente en la realidad política. Estamos en una encrucijada y tenemos que elegir. Quien apuesta por la paz y la seguridad mediante acuerdos internacionales, tiene ciertamente margen para un clareo unilateral de su potencial militar, puede proceder a prestaciones calculadas dentro del marco de las negociaciones, pero no dar o prometer previamente pasos unilaterales, que arrebatan a la Unión Soviética el motivo para hacer concesiones o le abran incluso la esperanza de un poderío mundial apoyado en el armamento nuclear. O, por el contrario, a quien apuesta por pasos unilaterales no resultarán contraargumento convincente las posibilidades de negociación así echadas a perder: cuenta con ellas. Esas dos opciones occidentales se bloquean, mas no sólo recíprocamente: su rivalidad es el motor que igualmente impulsa y hace imparable la rivalidad en rearmarse entre el este y el oeste, y así perpetúa y agudiza el peligro.

Pasos unilaterales disminuirían el peligro de guerra, si radical y consecuentemente condujeran a un unilateral desarme atómico total y, con ello, a la capitulación política de occidente. Esa posibilidad puede ser factible en Holanda o en la República Federal; para Inglaterra, Francia y los Estados Unidos hay que excluirla. Esa opción, por tanto, políticamente considerada, puede llevar solamente a la escisión y debilidad de occidente. Estas provocan muy fácilmente errores políticos de cálculo, más o menos claros ultimatums amenazadores, pérdidas de prestigio o la tentación de producir hechos consumados, es decir, las típicas causas que han desatado la segunda guerra mundial, las de Corea, Vietnam, Malvinas y muchas otras guerras.

Pero la Unión Soviética no acepta dar pasos bilateralmente, mientras mantiene su doble estrategia de amenaza y de propaganda y abre incluso la posibilidad de «pasos unilaterales». Pero mientras no se llegue a eficientes acuerdos sobre mejores controles o, si es posible, sobre desarme nuclear, se mantiene el peligro del lanzamiento no intencionado de misiles, provocados por errores del radar o de la computadora, malentendidos, error humano, etc. Ese argumento esgrimido contra el rearme por el movimiento pacifista es válido para todo el potencial atómico del mundo, incluido el soviético, y por ello habla más en contra que en favor de los pasos unilaterales, que harían irreversible tal argumento.

Por tanto, mientras que la «opción unilateral» conduce a un callejón sin salida, la «opción del derecho internacional» tiene al menos posibilidades reales. Pero será realizable si se demuestra —convincentemente para la Unión Soviética— que se ha impuesto finalmente en la política interna.

II

Para aclarar más los puntos de vista que hablan en favor de una u otra opción, volvamos nuevamente la mirada al año 1983. Con algo de suerte, ¿hubiera podido el movimiento pacifista desviar, primero, el rearme e interrumpir con ello, en segundo término, la carrera de armamentos, o transformarla en una «carrera de desarme»? Honestamente no se le puede imputar el fracaso de un intento, si éste tenía serias posibilidades de triunfar y otros lo hicieron fracasar.

En todo caso era pensable que no se hubiera encontrado en el parlamento una mayoría a favor del rearme ante la presión causada por grandes demostraciones, encuestas de opinión y acciones de resistencia. De donde parece consecuente que el movimiento pacifista puso todo su empeño en aumentar la verosimilitud de tal posibilidad.

Si se dio esa posibilidad, también la hubo para la Unión Soviética y se le abrió la esperanza de que occidente posiblemente no podría realizar la amenaza de rearme. Cuando más verosímil parecía esto gracias a las iniciativas del movimiento pacifista, menor era su interés por las negociaciones de Ginebra. Por el contrario, se ha mostrado dispuesta a negociaciones sobre su potencial de alcance medio sólo bajo la presión de la doble opción —y sólo bajo esa presión— de la OTAN. Por tanto, occidente hubiera podido tener éxito en su intento de lograr un compromiso lo más favorable posible endureciendo las negociaciones. La Unión Soviética hubo de preguntarse: ¿para qué pagar precio por algo, que se me puede dar de balde? En consecuencia, se negó a concesiones sustanciales, siguió aumentando la amenaza atómica sobre Europa occidental e hizo la siguiente experiencia: cuando más osada sea nuestra pretensión de amenazar unilateralmente a Europa occidental con cohetes de alcance medio, tanto más crece la presión sobre los americanos, para que éstos cedan. Se vio pues espoleada a una intransigencia total.

Pero precisamente con esto se forzó a los responsables en occidente a llevar a término el rearme conminado en caso de inflexibilidad soviética. Pues la alternativa hubiese sido exponerse a convertirse en juguete de la amenaza y propaganda soviéticas y de la presión de la oposición interna y perder en el futuro toda credibilidad y capacidad de negociación, con consecuencias catastróficas para la posterior política de paz y desarme a todos los niveles. Así se mostró contraproducente la estrategia del movimiento pacifista: forzó al rearme que precisamente quería evitar.

III

¿Era necesario? Que era previsible se induce del hecho de que se predijo. Para Jürgen Habermas, en consecuencia, no se trataba

de manera realista de «impedir la prevista instalación de los misiles, sino de convencer al gobierno conservador que a Alemania Federal no se le puede imponer un nuevo rearme». Que se convenciera también de ello al gobierno soviético se sobreentiende y no era preciso que Habermas lo mencionara, aunque si bien ese efecto secundario, políticamente considerado, era el decisivo. Si eso expresa la convicción del movimiento pacifista, éste se prestará a repetir el ritual y a echar a perder en el futuro las posibilidades de negociaciones. No sólo es compatible con el rearme preventivo y de respuesta, sino que anima a la Unión Soviética a una primera ronda en la carrera del rearme. Y, ¿por qué? Según Habermas, para, una vez estabilizado ese potencial amenazador, y mediante una unilateral renuncia a rearmar el rearme, intentar «escapar de la lógica fatal de la carrera de armamentos».

Traducir una declaración al lenguaje político consiste en fijar la atención no en las intenciones declaradas, sino en los efectos previsibles. En la medida en que la Unión Soviética saque la conclusión, partiendo de las acciones pacifistas, entorpecimiento de maniobras y sabotajes en la República Federal, que posiblemente no se podrá llevar a cabo en adelante un re-rearme, aumentará su arsenal y se abstendrá de negociaciones.

¿Por qué el movimiento pacifista da de lado tales argumentos, que no son tan difíciles de comprender? El pacifismo argumenta: el apoyo a la posición negociadora de occidente hubiera evitado posiblemente el rearme, reducido la amenaza soviética y dejado expedita la vía de las difíciles negociaciones este-oeste, que se llevan a cabo desde hace decenios, sin detener o cambiar el sentido de la carrera de armamentos. Pero quizá el acto de una primera prestación pudiera crear un clima de confianza sin amenazas ni enemistades y mover también a la Unión Soviética a una reducción unilateral de su armamento atómico. Que tal efecto positivo de positivas prestaciones sea posible, no es sólo doctrina cristiana, sino experiencia general confirmada ampliamente por la psicología y la pedagogía. Es válido hacer fructuosa en la política esa experiencia, confiar en la humanidad de las personas, que en último término también gobiernan la Unión Soviética, dejar el hábito secular de una mentalidad exclusivamente política respecto de la apocalíptica amenaza atómica, y esperar en el efecto transformador de la moral.

Efectivamente, una vez que los gobiernos occidentales han puesto de manifiesto finalmente su capacidad de acción y, con ella, su capacidad de negociación, puede tener sentido político, bajo ciertas condiciones, que ofrezcan a la Unión Soviética una sorprendente prestación, a la que no están forzados ni desde dentro ni desde fuera, y sólo en razón de quebrar la espiral de desconfianza y de disuasión. Un acto moral, hecho libremente por razones morales, puede en principio y bajo determinadas condiciones desencadenar reacciones morales. Pero en tanto se mantenga la impresión de que la renuncia al rearme es el resultado de una coacción desde

dentro y desde fuera, no puede tener los efectos de un acto moral. La Unión Soviética lo consideraría inevitablemente un signo de debilidad e impresionabilidad de los gobiernos occidentales, y vería confirmado su punto de vista de que, mediante la doble estrategia de amenaza atómica y propaganda pacifista, puede manipular la oposición política interna en las democracias y, de ese modo, tener indirectamente en un puño a los gobiernos occidentales. Estos se ven obligados a mostrarse capaces de actuar ante ese segundo frente interno, para sentar las bases de éxitos en negociaciones exteriores.

IV

Mas, ¿cómo lograr que la renuncia al rearme no sea impuesta a los gobiernos, sino que ellos mismos la decidan libremente? ¿Podemos esperar que en 1987 ó 1991 sea elegido un gobierno alemán influido por el movimiento pacifista, o en 1988 ó 1992 un presidente americano también influido por él? Gromyko ya ha declarado que espera una «fase constructiva» en las relaciones este-oeste. El rechazo de negociaciones, el empeoramiento de la situación de los derechos humanos y los contactos interalemanes, las campañas revanchistas y militaristas pueden también ser quizá útiles al propósito de empeorar conscientemente el clima político entre oriente y occidente, a fin de preparar en occidente a largo plazo y profundamente un clima de nueva dejación. Así, se manifiesta de antemano la simple perspectiva de una «nueva fase de distensión» como contraproducente.

Para valorar correctamente las posibilidades de una nueva distensión, debemos recordar ante todo que un impulso moral al dar el primer paso en nuestra política con el este —sobre todo en la época de Brandt—, aunque cauto, está claramente vivo. Ese impulso ha reportado al gobierno de entonces más de una vez el reproche de falta de paciencia, o de dureza en la negociación, o de unilaterales concesiones sin adecuadas contraprestaciones. Pero el gobierno alemán quiso crear conscientemente un clima de confianza en nuestra disposición pacifista y con ello las condiciones previas para concretas negociaciones con perspectiva de éxito. Quiso transmitir al este la convicción de que éramos real y sinceramente «otros alemanes», un «pueblo de buenos vecinos» (Brandt).

Efectivamente se ha logrado crear en ciertos pueblos de Europa oriental, principalmente en Polonia, un nuevo clima de confianza. En contra, los gobernantes de esos países han aceptado con sobrio cálculo las ventajas políticas y económicas que se les ofrecían, frustrando nuestras esperanzas en contactos humanos más flexibles, dirigiendo hacia nosotros 350 cohetes de alcance medio provistos de múltiple cabeza nuclear y encargado un poderoso potencial atómico disuasorio. El tiempo de producción de misiles

atómicos se extiende, según una regla empírica de los expertos, a un período de diez a doce años. Por consiguiente, las rampas situadas frente a nosotros en los años 1984-1986, no son la respuesta al rearme o al movimiento pacifista, sino a los tratados con el este y a Helsinki.

Notoriamente, la Unión Soviética llegó entonces a valorar que nosotros habíamos olvidado el pensamiento político y que estábamos ya maduros para ser sacudidos, a fin de hacernos dóciles y separarnos de occidente: ruptura decisiva para la escena política mundial, en la relación de fuerzas entre el este y el oeste. Nuestro error no residía en ese primer paso en sí, sino en las equivocadas valoraciones concomitantes, políticas y psicológicas, sobre la mentalidad y estrategia de la política exterior soviética.

¿Qué habría ocurrido si la Unión Soviética hubiera estado siempre convencida de que nada podía esperar políticamente de su nuevo potencial atómico disuasorio, y de que adquiriría innecesarias dificultades políticas a unos costes colosales? En ese caso posiblemente se hubiera adaptado a las inevitables realidades políticas y mostrado dispuesta más bien a una política de confianza y de colaboración. Si nosotros (el autor incluido) nos hubiéramos percatado a tiempo y con la suficiente radicalidad, hubiéramos sacado de ello, no ya a comienzos sino a mediados de los setenta, la consecuencia de que nuestra mano tendida sólo tiene posibilidades de ser aceptada si somos sensibles a la amenaza y la osadía y reaccionamos con dignidad y firmeza. Quizá hubiéramos en ese caso progresado notablemente en la distensión. El que nosotros, en lugar de ello, confiáramos unilateralmente en la fuerza moral de nuestra honesta buena voluntad, ha resultado ser contraproducente.

La experiencia ha confirmado lo que ya antes sabíamos, pero que habíamos olvidado o reprimido en los años setenta a causa de una inocente disposición hacia la paz: que los gobernantes soviéticos, prisioneros de una alicorta ideología y de un paralelo sistema político, están condenados a reacciones cínicas. Así como internamente no se apoyan en elecciones libres, esto es, en la confianza del pueblo, sino en los medios del amedrentamiento y la coacción, tampoco hacia fuera —en la medida en que les parece posible— se abandonan a la confianza y colaboración con el vecino amante de la paz, sino al potencial militar y a la propaganda. A la superación de esa experiencia la denominamos «eliminación de la efigie del enemigo»: un proceso psicológico de autodisciplina, mediante el que superamos en nuestra conciencia la enemistad hecha presente a nosotros. Esta permanece, pero no sin modificaciones: el potencial amenazador se hace mayor y la propaganda más audaz de lo que eran, cuando mantuvimos una cabeza clara y se hizo más patente nuestra voluntad de política autoafirmación.

V

¿En qué podía consistir la «nueva fase de distensión» tras 1987 ó 1981? En discusión están renunciaciones unilaterales al rearme por parte occidental y la denuncia de la solidaridad atlántica. Además podíamos privar a los alemanes orientales y a los berlineses de la ciudadanía alemana (en lenguaje polémico se habla de «reconocimiento de la ciudadanía de la República Democrática alemana», lo que ya hicimos en el tratado base) y renunciar al deber de asistencia a los alemanes que viven en Europa oriental. Podríamos también abandonar la perspectiva de largo alcance de una abierta «cuestión alemana» y dar a entender a las potencias occidentales que no damos valor alguno a su protección de Berlín. Podríamos reconocer las pretensiones de la Unión Soviética en Europa del este, no sólo jurídica, sino también moralmente, renunciar a toda solidaridad con los perseguidos en esos países, censurar las informaciones sobre destinos personales y acceder a la extradición de evadidos, tal como hacen los finlandeses.

Además podríamos relativizar nuestros principios constitucionales, degradarlos a una «ideología occidental» y conceder a la Unión Soviética «otra» concepción de la democracia y de los derechos humanos, para no dar pie a ofensivas ideológicas. Podríamos desarrollar mayor confianza, eliminar más a fondo la efigie del enemigo, desterrar la crítica al sistema soviético, su historia y su estrategia más radicalmente, tanto en los medios de difusión como en los libros escolares.

Al mismo tiempo y consecuentemente fomentaríamos efigies del enemigo respeto de ingleses, franceses y americanos, con mayor desagradecimiento y desconfianza. Nuestros medios de información podrían informar más respetuosamente sobre los hombres de Estado del este y más irónicamente sobre los del oeste. En el tercer mundo deberíamos echar sobre los hombros de occidente la atención de las necesidades y apoyar el establecimiento de irreversibles dictaduras leninistas. Podríamos responder a cualquier especulación sobre supuestas imperfecciones en el ejercicio comunista del poder político con un inmediato cambio de tema, y hacer nuestra la enseñanza de que imperialismo y violación de los derechos humanos son principalmente asuntos de occidente.

¿Habremos logrado al fin distensión y paz? ¿Exige un pragmatismo consecuente la consciente postergación de la dignidad nacional y la propia estima? Ciertamente hemos perdido profundamente algo de todo eso cuando ejercimos como pueblos de dominadores. ¿Nos permite precisamente esa pérdida calcular racionalmente nuestros intereses de paz sin la presión de tan ingenuos y anticuados valores emocionales? Vistas así las cosas, el reproche occidental de servilismo respecto de la Unión Soviética nos llenaría no de vergüenza, sino de sentimiento de superioridad. Si un servilismo consecuente es el camino hacia la paz, ¿no podríamos en-

contrar en él un nuevo elemento de nuestra propia conciencia nacional, e incluso ser un modelo y unos maestros para el mundo?

La Unión Soviética llegará al convencimiento de que su doble estrategia de amenaza y propaganda se ha mostrado eficaz y la continuará para inclinar a su favor la relación de fuerzas entre el este y el oeste. Son previsibles los siguientes efectos:

1. La Unión Soviética pierde finalmente su interés por negociaciones, que podrían comportar progresos en la vía de un derecho internacional eficiente.

2. La amenaza atómica de Europa occidental por parte de la Unión Soviética, con todos sus peligros, sería ya irreversible.

3. El riesgo de guerra en razón de un error político de cálculo crecería y sería en todo caso irreversible.

Dirijamos la mirada más allá todavía: podemos sucumbir a la idea de que en una tercera fase de distensión» nos zafamos de la amenaza atómica de los soviéticos, en la medida en que de alguna forma nos situamos bajo el paraguas de la *pax soviética*. Sin embargo, amenaza entonces un nuevo peligro. Occidente puede estar tan irritado por nuestra traición y considerar en todo esto un empeoramiento decisivo de la relación de fuerzas entre el este y el oeste, que no esté dispuesto a asumir tal desarrollo. En una palabra, así no nos salvamos del peligro atómico, sino que lo aumentamos más y más.

Para la paz no queda otro camino que la coexistencia entre este y oeste más profundamente regulada por el derecho internacional. Pero una política pragmática dirigida a ese fin exige también firmeza, dignidad, amor a la verdad, conciencia jurídica, autoestima democrática, solidaridad y lealtad hacia los amigos. Un pragmatismo real no se compagina con el servilismo.

VI

¿Qué es lo que mueve al movimiento pacifista a una actividad que produce unos efectos no queridos por él? Aproximémonos a esta cuestión pasando previamente por el artículo de Habermas. El pone toda su esperanza en la «cultura política», que será un «término medio» entre orden legal y rebelión, esto es, en la desobediencia civil. ¿Pero por qué sólo ha de haber «cultura política» fuera de, y no en el interior de las instituciones democráticas?

Participar de la «cultura política» significa hacer válidos los principios últimos de la Constitución democrática frente a la rutina de las instituciones políticas. ¿Es cierto que esto debe hacerse pasando por encima de los derechos civiles de ciudadanos inocentes, saboteando la política de un gobierno salido de elecciones, echando a perder las posibilidades de negociaciones y desencadenando efectos que, como balance, aumentan y perpetúan el peligro de guerra, y todo ello en el bien entendido de mostrar una actitud pacifista? ¿No continúa siendo el peligro de un «invierno nuclear»

suficiente como para reflexionar razonable y responsablemente sobre las condiciones en que la amenaza nuclear —también la de Europa occidental en razón de los misiles soviéticos— puede ser realmente evitada —y pongo el acento en «realmente»—?

Volvamos a nuestra pregunta inicial: ¿qué es lo que motiva que los movimientos de masas tan frecuentemente producen lo contrario de lo que quieren? Eso no es algo específico del movimiento pacifista, sino de muchos «movimientos», que buscan la «cultura política» no en primer término dentro, sino fuera de las instituciones democráticas. Muchos de aquellos que en 1933 han celebrado la «liberación del sistema», del dinero, de la usura, de la industrialización, de la miseria de las grandes ciudades, del paro, de la inmoralidad, nos han asegurado convincentemente que no querían en modo alguno traer una maquinaria, técnicamente perfeccionada, de sometimiento y muerte. Los comunistas idealistas de la generación de Brecht querían ciertamente otra cosa que el apoyo a un régimen de terror, el más terrible, tras la Alemania nazi, de la historia mundial. Pero también la izquierda no comunista, que constantemente puso en ridículo las instituciones de Weimar y sus representantes, tampoco quiso desestabilizar la República, ni movilizar a la derecha. Los pacifistas franceses de 1938, que entregaron el pueblo checo al ansia de poderío de Alemania, tampoco quisieron hacer increíble la disposición occidental a garantizar la integridad de Polonia y estimular así a Hitler a declarar la guerra. Tampoco los colaboracionistas franceses quisieron establecer un gobierno nazi extranjero sobre su territorio, etc. ¿Qué mueve a los hombres a poner en marcha lo que no querían y, sin embargo, era predecible? Debe ser un motivo muy fuerte, más fuerte en última instancia que cualquier reparo moral y cualquier reproche racional.

La revista *Mercur* (número 380) reprodujo en 1980 un artículo de 1945 en el que Jean Paul Sartre analizaba ese fenómeno en relación con el colaboracionismo francés. Según Sartre ello está motivado por la resaca del poder y las tendencias de su evolución. Los colaboracionistas no eran ni nazis, ni apátridas filogermanos. Más bien, «todos ellos han creído en primer término en la victoria alemana». «De esta forma el colaboracionista se dispone a valorar sus acciones a la luz del futuro más lejano: la aproximación a Alemania, por él deseada frente a Inglaterra, nosotros la consideramos por nuestra parte... como un injustificado incumplimiento de la palabra dada. Aunque vive en nuestro siglo, el colaboracionista se juzga a sí mismo desde la perspectiva de los siglos venideros».

Sartre advierte que «el pacifismo francés del colaboracionista ha tenido tanta descendencia, ...porque los pacifistas, incapaces de impedir la guerra, decidieron de pronto ver en el ejército alemán la fuerza capaz de realizar la paz... vieron que la victoria nazi traería al mundo una *pax germana*, equiparable a una *pax romana*».

Quien pregunte a los miembros de las generaciones más viejas,

que han encontrado con la edad una sobria opinión sobre sus motivos de antaño, oye siempre la misma respuesta: los simpatizantes nazis, mayoritariamente, no creyeron en la ideología, sino que vieron que una «nueva era» irrumpía imparable. Los comunistas creyeron en «la ley de bronce de la historia», según la que al «capitalismo» sucedería inexorable el «socialismo». También la izquierda no comunista consideró la República, liberal y pluralista, de Weimar, como una fase intermedia del progreso regular hacia un sistema más humano. Los pacifistas occidentales consideraron históricamente inevitable el poderío imperial de la Gran Alemania. El criterio se orienta siempre no por criterios morales sobre lo justo y lo injusto, sino por las supuestas tendencias de la historia. Quien presumiblemente vencerá y escribirá la historia, ése tiene razón. Se pone uno del lado del futuro vencedor, y se es, en ese sentido, progresista y no conservador (1).

La fuerza sugestiva de la propaganda soviética reside esencialmente en ese efecto —«el socialismo vence»— y por eso sucumben a ella tantas personas, que realmente aprecian el derecho y la libertad, la democracia y la paz. No puede ser objeto de negociaciones nada de lo que la Unión Soviética «ya» tiene, sino sólo lo que occidente «todavía» tiene. Eso vale para el dominio territorial, pero también para el potencial atómico disuasorio. Eso impresiona a individuos que buscan la cultura política fundamentalmente fuera de las instituciones democráticas. Oscilando entre la sugestiva resaca de la victoria final y el propio criterio, se camina en última instancia «con la época» y se obtiene una buena conciencia desligándose posteriormente del «movimiento». La relación interna amigo-enemigo así configurada se acoraza frente a reproches intelectuales y morales.

Del mismo modo a como el colaboracionista esperaba una «paz germana, equiparable a una *pax romana*», el movimiento pacifista cuenta con la incontenible paz soviética. A la «inversión de las alianzas», es decir, a la «aproximación a Alemania, deseada (por el colaboracionista) contra Inglaterra», corresponde hoy la aproximación a la Unión Soviética, en contra de Inglaterra, Francia, América.

Así como el pacifismo francés pasó a ser colaboracionista, así ello condujo de nuevo al pacifismo, manifestado a comienzos del año 1944 en París en una manifestación por la paz de más de un millón de participantes, y dirigida contra los invasores. Una vez que se vino abajo la esperanza en una final victoria alemana, se puso de manifiesto en un momento que los pacifistas/colaboracionistas eran normales patriotas y demócratas. A ellos les preocupaba en primer término la indefensión de Francia frente a Alemania y, después, su propia liberación, pero provisionalmente y con-

(1) Un análisis más detallado de ese fenómeno en: Martín KRIELE, *Das Recht der Macht*, en «Kontinent» 26 (1983).

tra su propia voluntad habían sucumbido a la fuerza sugestiva de su propia victoria final.

Igualmente los seguidores del actual movimiento pacifista son normales demócratas (2) occidentales, simplemente convencidos y fascinados por la irrevocable amenaza soviética sobre Europa occidental, al modo como la brújula queda trastornada por un imán.

Si esa hipótesis es correcta, puede hacerse la siguiente predicción: nuestro intento por disipar la esperanza de una final victoria soviética y mantener el equilibrio militar y moral, a fin de insertar a la Unión Soviética en un orden de paz regulado por el derecho internacional, habrá de forcejear hasta el final con la resistencia del movimiento pacifista. Si logramos poner de manifiesto la impotencia de éste, moviendo así a la Unión Soviética a sustanciales negociaciones, volverá internamente a oscilar la aguja de la brújula en la dirección oportuna. Los que han opuesto resistencia acabarán dando las gracias a quienes se impusieron sobre ellos.

(Traducción por Juan José Gil Cremades)

(2) Habermas afirma que yo supongo en el movimiento pacifista un «rechazo de la forma democrática de gobierno». Esa cita no se encuentra ni literalmente ni implícitamente en mi artículo. He analizado la relación, mucho más complicada, del movimiento pacifista con la democracia en el suplemento de «Parlament» (1 de octubre de 1983).